Tres textos

Pablo Ingberg*

6. Poética de la traducción: traducción de la poética

No voy a continuar aquí con una historia abreviada de las posturas sobre la traducción texto y sus efectos en traducciones concretas, porque no estaría en condiciones actuales de hacerlo de otro modo que como divulgador del trabajo ajeno. Prefiero remitir, por ejemplo, a un magnífico panorama como el que traza Antonio Tursi sobre los "Problemas de traducción de textos filosóficos de Cicerón a Leonardo Bruni". Desde la Antigüedad hasta los albores del Renacimiento, pasando por la Edad Media (y agregaría yo: con mayores o menores sofisticaciones, llegando en buena parte hasta nuestros días), el dualismo "palabra por palabra" versus "sentido por sentido" (o sus sosías matizados fiel/infiel, literal/libre, letra/espíritu) ha dominado las perspectivas, o, como mínimo, ha sido siempre un punto de referencia omnipresente. Por eso me interesó en particular, en medio de ese páramo dualista, la figura de Leonardo Bruni, humanista del siglo XV que, además de traducir bastante, se expresó en este sentido, según cuenta Tursi:

> *como todo autor tiene sus propias características de dicción, el traductor debe volcarlas fielmente; por ejemplo, ilustra Bruni, si se traduce Cicerón, "es inevitable extenderse en grandes períodos, copiosos y redundantes con gran variedad y elocuencia hasta lograr extremados circunloquios"*

Frente al dualismo imperante (resumo yo), "Bruni —sintetiza Tursi— presenta un tercer criterio, propio del artista, el de traducir estilo por estilo". ¡Al fin uno que asomó la cabeza del balde binario!

Las bellas infieles contra, se sobrentiende, las feas fieles, e incluso los dos caminos de Goethe y Schleiermacher resumidos por Venuti en domesticar o extranjerizar, con todo el respeto que puedan merecerme estos últimos, siguen siendo variaciones del dualismo.

A mediados del siglo XX, el estadounidense Eugene Nida postuló, en principio en relación con las traducciones de la Biblia, un dualismo algo más sofisticado: equivalencia dinámica o funcional versus equivalencia formal. Contra la equivalencia formal, nuevo nombre para el literalismo de siempre, la equivalencia dinámica se propondría producir en los lectores de la traducción el mismo efecto que la obra original en sus lectores nativos. Pero ¿cuál sería el efecto en los lectores nativos? ¿Será uno y el mismo en todos ellos? ¿Cómo se podría reproducir en otra lengua? Preguntas sin respuesta satisfactoria, aunque esa figura de la equivalencia no me parece infructuosa para pensar ciertos problemas de traducción y sus posibles soluciones.

Desde entonces, con el auge de los estudios de traducción, se han formulado propuestas más sofisticadas, aunque siempre merodea la sombra del dualismo, al menos como referente imaginario.

No se me escapa, claro, que en todo resumen o panorama a vuelo de pájaro como este hay una inexorable simplificación de com-

* Estos textos de Pablo Ingberg forman parte de un libro actualmente en prensa (*Escribir palabras ajenas - Notas sobre traducción*), tres de cuyos capítulos conforman el material aquí incluido. Se publican como primicia en *Cuadernos de Poética* con la autorización de su autor y de la editorial (Eduvim).

plejidades. Por no hablar del sesgo subjetivo igualmente inexorable.

Precisamente, en aquella visión de Bruni según Tursi encuentro un precedente del decir sobre la traducción donde me siento más a gusto. Me refiero a pasajes como estos de Henri Meschonnic, poeta y traductor de la Biblia entre otras cosas (negritas mías):

> *Otro tópico fácil, por su evidencia: "Ninguna traducción es satisfactoria". Una vez más, esa evidencia impide pensar, pensar el lenguaje, pensar el traducir. Porque se contenta con el pensamiento tradicional de la traducción de una lengua en una lengua, no de discurso a discurso,* ***de poética a poética****.*
>
> *De ahí que una traducción dependiente de una poética suponga que ya no se traduce la lengua, sino el discurso. Y un sistema de discurso. Los conceptos cambian.* ***Ya no (sólo) se traduce lo que dicen unas palabras, sino lo que hace un discurso****. Ya no exclusivamente el sentido, sino también la fuerza.*

Así se diluyen los dualismos. Lo que *hace* un discurso, la poética de cada obra, y de cada pasaje de cada obra, es caso por caso. Todo intento de sistematización general siempre será, según mi sesgo subjetivo, una simplificación que dejará afuera lo más literario de la literatura: el carácter inexorablemente único de todo gran hallazgo.

9. Escribir citas, escribir traducción

A veces uno encuentra, formulados por otros, oralmente o por escrito, pensamientos en los que se siente de algún modo reflejado. Se dice a sí mismo, entonces: eso es lo que pienso y hago yo, sólo que no se me había ocurrido formularlo de esa manera; gracias por hacerlo. Buena parte de las citas incluidas en este libro son de esa calaña. No cito, entonces: más bien, escribo citas. Y esas citas me escriben. Traducen pensamientos míos. Escribo palabras ajenas haciéndolas mías.

Suelo decir que traducir es escribir con lo más importante resuelto por otro. No hay página en blanco en el origen sino un original. El original marca el camino. Por allí debemos avanzar. A tientas, como cuando escribimos en la página en blanco. Pero en este caso con antenas y radares encendidos para no salirnos del camino trazado por el autor. Escribo traducciones. Escribo sobre la página escrita por otra persona. No para tacharla, sino para metamorfosearla en mi lengua. La traducción como palimpsesto. Escribo sobre la escritura de otra persona. La escritura de esa otra persona subyace bajo mi escritura. Escribe mi escritura. Escribo su escritura.

Empecé a traducir como ejercicio de escritor. Sin planes profesionales. Tal vez leí u oí a Cortázar o a alguien que me dijo que Cortázar, escritor traductor, lo aconsejaba como aprendizaje y práctica de escritura. Al traducir nos metemos en la escritura de otro, la exploramos por dentro. Recuerdo una película de cuando era chico. Dos o tres científicos, reducidos a tamaño microscópico y a bordo de una especie de submarino de dimensiones acordes, eran inyectados en el cuerpo de una persona y lo recorrían por dentro. Algo así la traducción.

Me incentivó a más la insatisfacción ante algunas traducciones que fueron cruzándose en mi camino. La primera que recuerdo fue *La tierra yerma*, como tituló Alberto Girri su traducción de *The Waste Land* de T. S. Eliot publi-

Rosa Tavárez. *Ángel azul.* Óleo sobre tela, 50 x 53, 2009.

cada por entregas en *La Nación* en 1988 y poco después en libro, ensalzada a troche y moche a más no poder por quienes en su mayoría –nada fuera de lo común– no estaban en condiciones de cotejarla con el original. Confieso que yo tampoco demasiado en ese entonces. Pero mi intuición, y mis lecturas de elogios anglófonos a la musicalidad del original, me soplaban al oído que el ritmo ripioso de Girri no la honraban. Con más inglés, traducciones y lecturas a cuestas, sigo pensando lo mismo.

Poco después, empecé a estudiar griego y latín, según se estudian esas lenguas: traduciendo. Y mirando, mientras lo hacía, otras traducciones. En su mayoría, ay, bastante desliteraturizadas. Pero eso ya merecerá capítulos aparte.

Entre las citas que me escriben traductor, encabeza el elenco Henri Meschonnic, cuyo nombre oí por vez primera de Hugo Savino, aunque mi primera y más impactante lectura no fue traducción de él. De aquella primera lectura escribo ahora otra cita:

> *Los textos envejecen. Es decir, duran. En cuanto a las traducciones, se limitan a caducar. Son olvidadas. Al menos la mayor parte. Pero no las que "triunfaron". Y que envejecen, como los textos: la King James Version, la Biblia de Lutero. El Plutarco de Amyot. Las traducciones de Baudelaire. Tal poema de Goethe traducido por Lermontov. Extrañamente, se han tomado las malas traducciones, las más numerosas, como tipo, en lugar de las buenas.*

Cada vez que oigo o leo que las traducciones envejecen y deben ser renovadas, el tío Henri me sopla esa música a mis oídos.

10. Una por una

No existe *La* mujer, existen las mujeres, una por una, dicen que dijo o dio a entender Jacques Lacan en su seminario *Encore* alias *Aún*. Tampoco existe *La* traducción, existen las traducciones, una por una. Ninguna es idéntica a la otra. Dos mujeres o dos varones o dos elefantes o dos novelas o dos traducciones pueden tener características en común, pero siempre tendrán otras, peculiares de cada cual. Cada traducción presenta características específicas. Cada pasaje dentro de cada traducción también. Cada persona que traduce tendrá su manera de ver y recrear esas características.

Así como no es infrecuente entre los teóricos de la traducción el anhelo de formular "recetas idealizadas" (Steiner) de validez general, tampoco es infrecuente entre el alumnado de traducción el anhelo de fórmulas y recetas para resolver todos los casos que en el futuro puedan presentárseles de algún problema de traducción con el que se topan. Mi respuesta, por supuesto, es siempre: no existen. Uno por uno. Caso por caso.

Propongo como símil el trabajo de un plomero (mejor pago que el de la traducción, de paso sea dicho). Lo convocan a reparar una avería. Acude con su bagaje de conocimientos adquiridos y su caja de herramientas. Se encuentra con que debe solucionar un problema que guarda semejanzas con otros que ha estudiado y resuelto antes, pero no es igual. Debe hallar el modo específico de resolver este nuevo problema con los saberes y las herramientas a su disposición. Y si no da con la herramienta adecuada entre las que posee en su caja, debe saber adónde ir en busca de la necesaria en esa ocasión. Así es a grandes rasgos la tarea del traductor: ningún nuevo trabajo es exactamente igual a los anteriores; por lo tanto, lo que debemos ir aprendiendo siempre para nuestro mejor desempeño es, ante todo, a discernir entre las herramientas que poseemos cuáles son las más adecuadas para cada trabajo en particular y, si las que tenemos a mano resultaran inadecuadas o insuficientes, adónde ir en busca de otras.

Allá lejos y hace tiempo, calculo que hacia fines de los ochenta o muy a principios de los noventa, en alguna conversación de bar le oí al amigo escritor traductor Hugo Savino aquella fórmula informulista, informalista, del uno por

uno, en referencia a autores o a obras literarias (autores seguramente en el sentido de individuos, casos individuales, fuera de generaciones o corrientes o movimientos agrupadores en montones cómodamente, y a menudo académicamente, simplistas). Para mí fue otro de esos casos en que uno oye una óptima formulación de algo que pensaba pero no había llegado, *aún*, a formular así. Unos cuantos años más tarde le dije que él había sido mi maestro del uno por uno. Me contestó que lo tomaba de Lacan (de quien había sido traductor semiclandestino a principios de los ochenta). También Hugo se habrá encontrado así formulado en las palabras de otro.

Singularización, singularidad, uno por uno. Por eso me considero informulista informalista. Bella ambición la de los formalistas rusos: fundar toda una ciencia dedicada al estudio de un objeto siempre resistente a encajar por completo en cualquier delimitación o cajón. Más que una ciencia de la literatura, construyeron literatura. Así lo leo yo, y en esos términos agradezco profundísimamente la riqueza de su maravilloso fracaso. Algo así como la búsqueda de un tesoro inhallable, intangible, inmaterial, imposible. Recuerdo vagamente haber leído hace añares en algún suplemento literario unas probables palabras del siempre ocurrente Borges, tal vez en una entrevista, a manera de respuesta a un pedido de definición de la poesía: algo que todos sabemos qué es pero nadie sabría definir acabadamente. Siempre queda algo afuera. Y gracias a eso, tenemos de qué seguir hablando.

Rosa Tavárez. *La historia del manatí*. Colografía sobre papel, 93 x 95, 1986.

PABLO INGBERG (Dolores, Argentina, 1960) es Licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires (1995), premio Academia Argentina de Letras al mejor promedio. Publicó cinco libros de poesía (últimos tres: *Faloria bifronte*, 1987; *Camino a Damasco*, 1995; *Nadie atiende los llamados*, 2010), una novela (*Diario de un misógino*, 1999, mención en el Premio Joven Literatura 1996) y un libro de poemas para niños (*El fantasma con asma*, 2017). Tiene en prensa un libro de ensayos (*Escribir palabras ajenas - Notas sobre traducción*), tres de cuyos capítulos conforman el material aquí incluido, y, en proceso de entrar en prensa, otro libro de poemas (*Sáquenme de aquí*) y otro para niños (*Cabrapalabra*).

Una pieza teatral que escribió en colaboración, *Todos los caminos conducen a Roma*, se estrenó en Buenos Aires en 1984. Como traductor lleva publicados cerca de cien libros traducidos del griego antiguo, el latín, el inglés y el italiano, en su mayoría grandes clásicos de distintas épocas (Safo, Sófocles, Virgilio, Catulo, Melville, Whitman, Joyce, Woolf, Fitzgerald, Svevo, etc.). Dirigió para Editorial Losada una edición de las *Obras completas* de Shakespeare, de las que tradujo la mitad, y la Colección Griegos y Latinos, que incluye 85 títulos todavía en distribución. Por sus traducciones recibió los premios Teatro del Mundo, Konex-Diploma al Mérito y Aurora Borealis-Honourable Mention, como también becas y subsidios de Irlanda, Italia y Suiza.

Ha dictado conferencias, seminarios y talleres sobre traducción y literatura en diversas instituciones de Argentina, Chile, Suiza, España e Italia, y publicado poemas, narraciones, traducciones, artículos y ensayos en revistas y suplementos literarios de Argentina, Uruguay, Chile, México, República Dominicana, Estados Unidos, España, Italia.

RITA DE MAESSENEER es una profesora e investigadora en el área de la Literatura Caribeña nacida en Amberes, Bélgica. Es Licenciada en Filología Románica por la Universidad de Gante. Posee un Diploma de Aptitud para la Enseñanza por esta misma Universidad; una maestría en Lingüística y Literatura por el Instituto de Cooperación Iberoamericana de Madrid. Es además doctora en Letras y Filosofía por la Universidad de Gante. En el período 2012- 2016 obtuvo su calificación como "Professeur des Universités" en Francia. Ha sido profesora de francés, español, literatura española e hispanoamericana. Entre otras obras, ha publicado: *El festín de Alejo Carpentier. Una lectura culinario-intertextual* (Genova, 2003); *Encuentro con la narrativa dominicana contemporánea* (Madrid, 2006); *Seis ensayos sobre narrativa dominicana contemporánea* (Santo Domingo, 2011).